

La morgue más grande de la ciudad

Jorge Vázquez Ángeles



RESULTA MUY DIFÍCIL NO REPETIR LA MISMA HISTORIA, los mismos datos o las mismas imágenes de lo que sucedió hace treinta años, el 19 de septiembre de 1985. Tampoco puedo recurrir al recuerdo personal porque en ese entonces tenía ocho años y tardé demasiado en comprender la magnitud de lo que había sucedido. Ahora que lo pienso, el temblor del 85 fue el primero que experimenté. Esa mañana, mi madre me peinaba frente al espejo de su recámara. Cuando la tierra comenzó a moverse, ella nos abrazó a mi hermano y a mí y nos quedamos quietos hasta que todo terminó. Para cientos de personas que hicieron lo mismo que nosotros, ese abrazo, ese gesto, resultó lo último que hicieron en vida.

Esa ciudad que se destruyó me era totalmente ajena. Nunca conocí los hoteles Regis o del Prado, ni las torres del Conjunto Pino Suárez; tampoco el edificio Nuevo León en Tlatelolco, o el Multifamiliar Juárez; ni el Hospital General o el Centro Médico. Son edificios que por medio de fotografías identifiqué pero que no representan mucho para mí. Sólo recuerdo las estructuras partidas de los “Televiteatros”, en las calles de Cuauhtémoc y Puebla, que durante mucho tiempo permanecieron así, abandonados, con esa extraña quietud que ronda los cementerios. En Tacubaya, lugar donde vivo, no pasó nada porque las aguas del lago de Texcoco no llegaban hasta aquí. Las colonias ubicadas en las antiguas zonas lacustres fueron las más castigadas, sobre todo las correspondientes a la Delegación Cuauhtémoc. En conjunto, cuarenta kilómetros cuadrados de la ciudad fueron devastados, y suele olvidarse que estados como Michoacán, Jalisco y Colima también resultaron afectados. El informe de la Comisión Metropolitana de Emergencia del Distrito Federal señaló que “2 831 edificios sufrieron daños estructurales de algún tipo, 880 (31%) quedaron en ruinas, 370 (13%) requerían reparaciones mayores y 1 581 (56%) requerían reparaciones menores”.¹

No obstante, hay una imagen que aunque tampoco viví, no deja de estremecerme cada vez que aparece durante las conmemoraciones del sismo: la de los ataúdes enfilados sobre los jardines del Parque Deportivo del Seguro Social, el estadio de beisbol construido en el terreno del antiguo Parque Delta que se quemó alguna vez y que, hacia 1952, debió de ser clausurado para siempre cuando sus tribunas de madera se vinieron abajo por el peso de la multitud, causando la muerte de dos aficionados. En ese lugar, el 30 de mayo de 1946, Babe Ruth conectó su último cuadrangular.

La primera bola del nuevo estadio de acero y concreto se lanzó el 8 de marzo de 1955. Se trataba de un lugar moderno que contaba con los servicios de los que careció el Delta. La zona de palcos y butacas detrás de *home* estaba techada y protegida por

¹ <http://bit.ly/1K7KZ8p>

una extensa red que caía con gracia y suavidad hasta fijarse en el *backstop*; para los cronistas se construyó un “palomar” en el primer nivel del estadio. Para los juegos nocturnos, antes irrealizables, el Parque contaba con siete torres de iluminación, esbeltas y ligeras, con potentes focos que irradiaban una luz blanca que iluminaba el cuadro y los jardines, haciendo visible el estadio como una perla brillante. Desde las instalaciones del Centro Médico, ubicado a pocos metros de distancia, y otros edificios aledaños, se percibía la iluminación.

De acuerdo con un artículo publicado en el periódico *Excelsior*,² que el Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS) apoyara la construcción y luego administrara el estadio fue gracias a su director, Antonio Ortiz Mena. La tragedia de 1952 no significó la muerte del beisbol capitalino, ni permitió que el extenso terreno de Viaducto y Cuauhtémoc se empleara para otra cosa, como le ocurrió al dueño del Hotel Regis, Sergio Peralta Sandoval, a quien el entonces Departamento del Distrito Federal “decidió” comprarle el terreno para erigir la Plaza de la Solidaridad.

Esa noche inaugural, cuando todavía el estadio olía a pintura fresca, los Gigantes de Tokio se enfrentaron contra una selección mexicana que ante veinticinco mil aficionados se llevó la victoria por marcador de 7-0. Días más tarde, el 4 de abril, se efectuó el primer juego de la Liga Mexicana de Beisbol, entre los Diablos Rojos del México y los Sultanes de Monterrey. A decir de los cronistas de la época, se trató de una feria de hits, triples y *home runs* que al final los rojos ganaron 18 a 14.

Treinta años después, la importancia y popularidad del beisbol en la ciudad iban a la baja. El estadio ya denotaba la falta de mantenimiento: baños inservibles, butacas averiadas, lámparas fundidas, hoyos en la red

de protección. Además, la huelga de peloteros de 1980 no sólo había roto la liga: también la relación con el público que dejó de asistir en masa al ser proscritos los líderes del movimiento. Ese año y mes fatídicos como la séptima entrada, la temporada ya había terminado. Los Diablos Rojos habían sido campeones al vencer a los Tecolotes de los Dos Laredos.

Cuando aquella mañana dejó de temblar y los primeros rescatistas improvisados comenzaron a buscar sobrevivientes entre los escombros, gesto de solidaridad que cambiaría para siempre el rumbo de la sociedad civil, los muertos comenzaron a amontonarse en las banquetas, como sucedió en Tlatelolco, donde los cuerpos hacían fila sobre la lateral de Paseo de la Reforma. No pasaron muchas horas para que las morgues de las delegaciones resultaran insuficientes, y con la destrucción de los hospitales más grandes —casi seis mil camas de hospital perdió el sector salud del Distrito Federal—, por su ubicación y cercanía con los lugares más castigados, se tomó la decisión de habilitar el parque de beisbol como una morgue, quizá la más grande en la historia de la ciudad.

En los jardines del estadio se habilitaron tres zonas: IDENTIFICADOS, NO IDENTIFICADOS y RESTOS. Las fotografías de la época muestran a las personas que buscaban a sus familiares portando cubrebocas debido al olor de la carne en descomposición, a pesar de las bolsas de hielo que se colocaban dentro de las cajas para hacer más lento el proceso de putrefacción. En otras, se ven clavos, triplays y tablas con los que se construían las cajas. Cerca del *dugout* de los Tigres, una mujer de anteojos, detrás de un pequeño escritorio de metal y una máquina de escribir, certificaba la entrega de los cuerpos. Los anuncios de Barcel, LTH, Renault, Corona o Garcís que rodeaban los jardines y que hasta donde recuerdo permanecieron ahí durante muchos años, vuelven irreal la escena, como si el estadio hubiera sido indiferente a lo que ocurría en el campo. La línea de

² <http://bit.ly/1fJE0Gf>

cal del jardín izquierdo que indica cuando un batazo es válido o es *foul* separaba la fila de los vivos de la fila de los muertos.

Los empleados del Parque, personal de jardinería, administración y mantenimiento, tuvieron que cambiar sus tareas habituales para recibir y clasificar la interminable cantidad de cuerpos que no paraban de llegar. Martín Vidal, jefe de mantenimiento,³ contó que durante la semana que estuvo en el parque se recibieron más de tres mil cadáveres. El lunes 23 de septiembre,

el periódico *El Universal* publicó que la Secretaría de Salud afirmaba que el número de muertos no pasaría de cinco mil. ¿Cómo lo sabían? Es un enigma. Diversas estimaciones calculan que por lo menos diez mil personas fallecieron por el terremoto.

El 1 de junio del año 2000, los Tigres y los Diablos jugaron el último partido en el Parque Deportivo del Seguro Social, “el coloso de la colonia Narvarte”. En su lugar se edificó otro Parque Delta, no un nuevo estadio sino un centro comercial. **AAA**

³ <http://eluni.mx/1f49m9x>

Parque de beisbol del Seguro Social, septiembre de 1985.
(Fotografías: Roland Neveu/Liaison)

